

ILUSTRACIÓN Y RELIGIÓN

Agustín Andreu

1.

Del planteamiento

Podría parecer que la exposición que vamos a hacer sobre la problemática de la Ilustración y la religión —que no es un tema de ayer ni solamente europeo— está lleno de indirectas o alusiones a circunstancias españolas del momento presente. Pero no serán indirectas ni alusiones sino directas e indicaciones, y no sólo a circunstancias españolas y europeas sino a civilizaciones como las asiáticas que están sumiéndose, masivamente, por la fuerza de la tecnología, en procesos de Ilustración. Los mete en ellos la tecnología pero consisten en encuentros inevitables con la filosofía científica, es decir, con la filosofía en su forma ontológica o conceptuadora del ente y sus relaciones. Tal como se dieron en su día en Damasco y Córdoba cuando la civilización islámica se encontró con la Metafísica de Aristóteles, en Avicena y Averroes, el judío Maimónides e Ibn Arabí.

Este tratamiento directo y más que enunciativo será posible gracias a que las relaciones entre Ilustración y Religión se pueden tratar hoy desde un *planteamiento antropológico* y no ideológico o dogmático. Ilustración es un estadio normal en la vida con inteligencia, y religión es la expresión de datos inevitables de esa misma inteligencia de la vida, concretamente del sentimiento de trascendencia que acusa la inteligencia humana de mil formas. Es posible, por lo tanto, un planteamiento no frontal ni dialéctico sino experiencial (desde la experiencia propia del individuo y la sociedad) y dialógico (únicamente desde una racionalidad consiguiente a la experiencia y desde la gradualidad de las mismas en forma de un continuum también pedagógico). Es la petición con que Walter Benjamin encara el futuro cuando abandona los callejones sin salida del kantismo al uso así como del marxismo, postulando la elaboración de un “continuo experimental sistemático puro” o sea “la variedad unitaria y continua del

conocimiento que es la experiencia”¹, desde una metafísica monádica leibniziana.

Tal planteamiento (fenomenológico y no ideológico, analítico y no panfletario) no obedece, sólo o fundamentalmente, a un propósito de buena voluntad o socialmente ecológico, ni tampoco al fantasma de factores de torpeza que ponen en guardia ante la lamentable historia occidental del siglo XX (tan poco ejemplar e ilustrada, que deja ahí detrás un siglo vergonzoso con 60 millones de muertos en guerras genocidas y un mundo ex-colonial exasperado por abusos e injusticias—dos considerandos por lo demás ineludibles). Es un planteamiento que resulta elemental, inexorablemente de una *descripción fenomenológica de la inteligencia humana*, de la inteligencia de la *vida humana*, y de la consiguiente falta de fe en la *violencia intelectual* en sus diversas formas. Es un planteamiento desde la fe en la inteligencia de la vida, la inteligencia naturalmente suficiente para que la razón como discurso que articula cualquier diversidad de factores y la religión como trasfondo de toda civilización, hagan su camino sin convertir sus tropezones en desgarros de principio y de programa. “La sana razón” es la frase con que desde Leibniz y Lessing se expresaba este propósito o programa ilustrado. “La sana religión” es la frase con que expresaría esto mismo, desde la Gran Bretaña, que siempre ha sabido ser más libre, Shaftesbury, el nieto, el tercer conde de Shaftesbury.²

Tanto la razón europea (y probablemente toda razón) como la revelación judío-cristiana (y probablemente toda revelación) tienden a aplicarse, aplicarse a los demás y a lo demás, expeditiva y mecánicamente sin dudar de sí mismas, alcanzando así a la totalidad universal, al Universo uno; está de algún modo en su naturaleza ser necesarias y globales. Y cabe disculpar a la razón humana y a la revelación religiosa de su primer movimiento totalitario, porque son, además, dos formas de deslumbramiento que generan seguridad máxima en un sujeto inseguro como el hombre es y sediento de seguridad como está. Mas, razón y revelación acaban por desarrollar sus frenos propios, o podrían, en buena lógica de la vida, acabar por hacerlo, sin tener que recibir duras lecciones de la vida y la historia, y tampoco por cálculos del poder con el que necesariamente juegan en la sociedad y en la historia, sino por la persuasión que brota de sus quehaceres o misiones mismas, de la misión de la razón y la misión de la revelación. El siglo y pico de la llamada Ilustración (desde fines del XVII a comienzos del XIX) y el siglo de la Revolución (el resto del XIX hasta el estallido de la revolución rusa) han

¹ A. Andreu, “De Lessing a Benjamin. La otra Ilustración. (Experiencia e individuo I)”, en: ISEGORÍA, 4, 1991, p. 20ss.

² Agustín Andreu, *Shaftesbury. Crisis de la civilización puritana*, Universidad Politéc. Valencia, 1998 (2ª edic.).

puesto al aire las entrañas de sus respectivas intenciones en buena parte, y el análisis ha dado de sí lo que tuvieron y tienen de utilidad y de necesidad *las dos actitudes mentales en que consisten la actitud ilustrada y la revolucionada*, que representan en último término dos dimensiones de la inteligencia de la vida humana, de la limitada inteligencia de la vida humana, que está en continua elaboración y que tiene que *reordenarse* de cuando en cuando poniendo orden, claridad (iluminación) en la diversidad de materiales que se le acumulan, algunos terriblemente sorprendentes, y tiene que *sublevarse* escatológicamente de cuando en cuando para librarse de frustraciones deliberadas o fatales.

Como dos dimensiones de la inteligencia de la vida, razón y religión, subsisten en la forma de sus respectivos gestores, el poder político y el poder religioso. Pero, aun concediendo que hay algo de maquinal y demiúrgico en las encarnaciones o somatizaciones de las fuerzas espirituales y sociales, acaba por funcionar todo según decisiones de individuos que aciertan más o menos en el cálculo de tensiones y resistencias de una sociedad en un momento dado. Es la actitud ilustrada, traicionada de modo múltiple y con razones especiosas variadísimas muchas veces por supuesto. Así, en virtud del carácter en último término individual de los sujetos de la acción ilustrada, Ilustración y Religión están recíprocamente poblados de individuos de signo recíproco. Hay ilustrados que merecerían aposentarse más en una Sacristía que en una Academia. La religión ha demostrado que resiste mucho más que el más insistente virus y el Estado no confesional está poblado de individuos con conciencia y costumbres religiosas. El forcejeo entre poder religioso y poder político es cuestión de principio y habría que tomarlo por una y otra parte como un espectáculo socialmente pedagógico a pesar de sus diversos aspectos menos estéticos y aun menos ejemplares. ¿Qué es ganar y qué es perder en el terreno de la ilustración o conocimiento de las cosas y situaciones por su interioridad inengañable? Y ello a pesar de la renuncia a la ingenuidad, pues ésta puede ser muy bien suplida por la ironía que es una dimensión no menos de la inteligencia racional que de la inteligencia de la fe.

Si, como dice Belaval, hay que empezar a dejar de decir generalidades sobre la Ilustración,³ habremos de distinguir entre los caminos y modos como desde los diversos centros de la vida europea, se cumplió la última vez esa operación de la sana inteligencia que llamamos por antonomasia Ilustración. En la primera parte del siglo XX hubo poca gente que advirtiera, y llevara al concepto de Ilustración, esas diferencias de modalidad que permiten trabajar con la inteligencia de la vida y no contra la inteligencia de la vida. En España nos hubiera ayudado mucho en

³ *Ilustración e Ilustraciones*, Universidad Politécnica de Valencia, 1997, p.44. En adelante citaré por *Ilustraciones*.

los años 30 del siglo pasado esa distinción entre modalidades históricas de Ilustración. Don Julián Besteiro advirtió el contraste entre la Ilustración británica y la alemana: entre la observación de la vida de la gente con criterios estéticos y económicos y la forma del idealismo trascendental alemán. Y lo hizo notar, calificando de “visión unilateral y simple” la de Voltaire, que rectificaron, en la Gran Bretaña mismo, Coleridge y Carlyle. Besteiro no advirtió del todo que era a Shaftesbury a quien habría que haber recurrido para rectificar a un Voltaire que le concedía demasiado a Locke a pesar de tratarlo con sus sarcasmos.⁴ Fernando de los Ríos, ayudado de Francisco Giner que le recomendaba el estudio de Shaftesbury, bien que lo advirtió.

Hubo una posibilidad de Ilustración que, una vez abandonada la obsesión confesional como directriz y criterio, volvía con la fuerza del humanismo que se marginara y ocultara esencialmente a mediados del XVI. Esa posibilidad fue traicionada en la Gran Bretaña y en el Continente. Lo iremos haciendo notar en nuestra exposición; la historia de Europa del XIX y el XX es fruto silvestre de esa equivocación que consistió en no ser capaces de cambiar de trasfondo antropológico religioso. Se prefirió la antropología de Hobbes (y su precedente ideológico en Lutero, Calvino y san Agustín, y su versión católica en Pascal) a la de Shaftesbury y Adam Smith (con su robusta formulación de la simpatía universal según Leibniz y Lessing).

El drama de la Ilustración se jugó en la casa donde estaba acogido Locke, el director general de Asuntos Eclesiásticos del abuelo Shaftesbury. Y se trataba de escoger, para la reforma secular y ya no religiosa de la sociedad, entre la antropología de san Agustín y san Pablo (que veía en el interior de la naturaleza un gusano roedor de culpa y de intención torcida, que se llamaba pecado original) y entre la de los humanistas (Bruno, Moro, Vives, que volvían en Shaftesbury el joven). La Ilustración habida fue en Inglaterra una traición a las mejores posibilidades del hombre. Voltaire, que listo lo era un rato, después de tratar personalmente a Locke que lo visitara en un momento en que le convenía al inglés alejarse de su suelo, lo llamó “el Pascal inglés.” Pero la partida la ganó el inglés que convirtió al francés en su agente literario en el Continente, determinando la dirección de la Ilustración europea.⁵

Esto en cuanto al planteamiento.⁶

⁴ Cfr. J.Besteiro, *marxismo y antimarxismo*, ZYX, p.74ss. *E Ilustración e Ilustraciones*, Universidad Politécnica, Valencia 1997.

⁵ Hay un asomo de traición de Locke a Shaftesbury el abuelo fundador del Partido *whig*. La sospecha la pone el nieto, que fue pupilo de Locke y se esforzó por guardarle respeto y fidelidad. Cfr. *Shaftesbury. Crisis de la civilización puritana*, y “Shaftesbury y el ‘Pascal inglés’”, en *La Tradición analítica*, I, 1992 (Coord. J.G. Camarena y J.M. Mardones), pp.20ss.

⁶ El planteamiento consta pues de una ontología de la naturaleza de la inteligencia de la vida (que ampliaremos a lo largo del trabajo) y de una valoración histórica del caso Locke/Shaftesbury (que sería la ocasión que desencadenaría el hegelianismo de la Idea absoluta).

2.

Acumulaciones y sobresaltos

La religión, antes de ser una institución social que puede ocupar más o menos sitio en una forma de vida individual y de sociedad política, es una disposición de la inteligencia humana, disposición resultante de su movimiento o actuación más propia como *una facultad de intuición imaginativa en la cual late una rara y evidente sensación de trascendencia*.

Una facultad de intuición de las cosas y de ampliación imaginativa incesante sobre las cosas, ésa es su naturaleza y vida, su movimiento interior. La pluralidad de intuiciones e imaginaciones se conectan como naturalmente, o mejor dicho, esas conexiones son también objeto de intuición e imaginación. Y el conjunto de esas conexiones produce una *imagen del mundo* dentro de la cual se orienta y dispone de pautas y puede así vivir el hombre.

Esa imagen del mundo toca siempre directa o implícitamente *el tema del infinito, del fundamento, de la razón última*, y este toque lo permea, transe, contagia todo (lo infecta, decía cierta Ilustración) y acaba condicionando la imagen del mundo en grado y modo siempre esencial. La presencia de esa sombra en la inteligencia es lo natural o innato; echársela de encima, con uno u otro propósito, es obra o trabajo de la reflexión. El hombre no es naturalmente “descreído” (como suele expresarse su desentendimiento de todo tipo de trascendencia). Ni Diderot ni Voltaire siquiera hubieran aceptado eso desde su justa irritación anticlerical. Y esa sombra del infinito, del sentido y fundamento último del Universo es lo que produce en la inteligencia de la vida humana la *aparición o revelación de expresiones* del plus, o más allá de lo presente y a mano, que el hombre presiente o sospecha: expresiones en forma de relatos diversísimos acerca de los orígenes y las intenciones últimas operantes en el Universo, en forma de mitos.

Ni el mito ni el flokllore son enfermedades o trampas; pertenecen al modo de ser o entender desde la vida, del hombre; y es una conquista penosa de la antropología del siglo XX haber reivindicado su valor esencial que no es el pintoresco. La vida de la inteligencia humana individual y

social empieza a partir de esos trasfondos religiosos, mitológicos u originarios.

La sana inteligencia humana requiere que la escuela infantil y joven sea iniciada desde esos y en esos trasfondos y cómo, será lo que habrá que ver desde el punto de vista de la salud mental y de la racionalidad ínsita y propia de cada interés. Pero prescindir de ese trasfondo es mutilar el alma además de obligarla a prescindir insanamente de su pasado. Hay una historia detrás del hombre; es indispensable entenderla sanamente, y la manera más insana de entenderla es negarla, o utilizarla dolosamente. Estado laico o neutral quiere decir solamente que la autoridad administrativa facilitará el acceso a las expresiones vigentes de esa dimensión de la inteligencia de la vida que atiende a la trascendencia de los orígenes y las destinaciones de la vida y el mundo. Los interesados en la fe religiosa tendrían que ser los más interesados en que la transmisión de la revelación como trasfondo de civilización se cumpliera con toda la delicadeza de las cosas íntimas de la inteligencia.

Sigamos con la sucinta descripción fenomenológica de la manera como surge ese sobresalto que es la revelación religiosa o algún otro tipo de conocimientos que *representan un vuelco en la inteligencia de la vida* o, como decía Max Scheler, “un creciente descoyuntamiento de la tradición” biológica⁷ (no de la documental ni de la oficial) y obligan a un reordenamiento del conjunto de la teoría y praxis. Las conexiones entre las intuiciones vitales (de la inteligencia de la vida) son relaciones de diverso modo: según principio de participación, según principio de analogías, según principios filosóficos o científicos. Y todo ello se produce en la esfera esencial de la aplicación práctica a la vida cotidiana en todas sus dimensiones, ordenadas éstas según criterios muy diversos y más o menos acertados o sanos. El resultado de esta “variedad unitaria y continua del conocimiento que es la experiencia humana” social --con sus tensiones, sus posiciones a favor de lo nuevo inevitable y supuestamente necesario y de lo antiguo más seguro y supuestamente intocable—, el resultado es la vida misma, la salud mental y social, que no puede ser estática.

Viviente de hábitos inventados y heredados, animal de tradición y tradiciones, al hombre se le producen de tanto en tanto *acumulaciones de conocimientos* teóricos y prácticos que acaban operando como un atolladero y obturan la vida individual y social. Y es que la múltiple atención humana se ha ido dirigiendo, por necesidad o por curiosidad, hacia ocurrencias o descubrimientos que han suscitado perplejidades y confusiones o esperanzas e ilusiones; ha ido aumentando incesante e imperceptiblemente el mundo y se ha complicado. De repente es el horizonte entero el que ha cambiado y nada está en el que se decía su sitio.

⁷ *El puesto del hombre en el cosmos*, p.30 (segunda edición 1936, en la Revista de Occid.).

Esa complicación pone muchas cosas, o todo, en crisis en el mundo concreto de una determinada cultura o una civilización⁸. No voy a entrar aquí en las formas de crisis a que da lugar el fenómeno de la acumulación de conocimientos en una sociedad; y no distinguiré entre conocimientos teóricos, incluso máximamente teóricos o referentes a dioses y mundos lejanos, celestiales o infernales, y conocimientos prácticos y aplicables al vivir; no, porque todo conocimiento humano puede ser sumamente peligroso y sumamente favorable. El hombre es un ser así, su ser de instinto que desemboca en libertad es así, su instinto es la libertad: entra en un orbe de innumerables e inimaginables posibles, y elige, o “le eligen” a la fuerza aquello con lo que habrá de pechar. Y del modo de resolver o no resolver esa crisis de acumulación puede depender hasta la supervivencia de una civilización, en todo caso la salud pública, el bienestar elemental de una sociedad.

La operación de reordenar los materiales de conocimiento y uso que se van acumulando, de evaluarlos diversamente y de re-situarlos en el orden de preferencia, de considerarlos históricos y valiosos como pasado, de “abrir nuevas aperturas” y aceptar “nuevos fondos de conocimientos” de los que se derivan y sacan después durante siglos iluminaciones y prácticas útiles (así hablaba Leibniz), esa *operación de la inteligencia se llama Ilustración*, y la actitud política, intelectual o religiosa correspondiente, es la actitud ilustrada. La cual, obviamente, se produce entre todo tipo de tensiones. La cuestión en último término se reduce a ver si, dado un momento de acumulación peligrosa o de asombro y revelación notable, hay algunos ciudadanos que representen tal actitud intelectual de la vida. Una revelación, decía Leibniz, es una aparición de un fondo de conocimientos que lo trastoca todo: planteamiento general y conceptos, pero aprovechándolo todo y favoreciendo más y mejor a todos los hombres en el trasiego o aventura, o lo que sea, de esta vida.⁹

La historia humana, la historia de la vida humana, no puede menos de ser la historia de los mundos que se van desmontando y luego tal vez construyendo en un mismo lugar, con materiales de los mundos sidos. Es curioso ver los lugares axiales de las ciudades antiguas. La geografía les

⁸ Llamo cultura a un medio humano determinado, con sus creencias, conocimientos, religión, usos y útiles para la vida, idioma, arte, etc. El vocablo civilización lo usaré para las culturas de envergadura en la historia universal. Todo grupo humano, por minúsculo que sea (un grupo de una isla muy aislada de la Polinesia, o un grupo perdido en la Amazonia) tiene la forma problemática propia de la inteligencia viva o de la vida humana, pero el camino real de la historia universal (universal, también para las numéricamente pequeñas culturas) viene marcado y dirigido por las grandes civilizaciones que incorporan centenares de culturas (es el caso de babilonia, el Helenismo, la civilización cristiana, la civilización china o la india...)

⁹ El vocablo revelación lo empleamos en sentido amplio, pero no cargando con imprecisión alguna. Pues, al contrario, deseamos que el fenómeno espiritual y psicológico de la que dice la teología revelación estrictamente dicha y aun sobrenatural, no se escape de la ley general del surgir los conocimientos en el alma y la mente humanas. Esta observación es técnicamente indispensable para poder hablar con una revelación o desde una revelación; pues, saliéndose de las leyes generales del conocimiento, o expulsándola de las mismas, se hace imposible tratar de la revelación con y desde la razón humana.

señaló lugar: una colina, el recodo de un río, la cima de un acantilado, el punto central de un golfo marino..., y luego sobre ese lugar se alzó como sitio central un templo ibero, y sobre él un templo romano, otro cristiano pero romano, otro visigótico luego, otro románico, otro islámico, otro cristiano de nuevo con carga gótica... En una forma de *continuidad de la vida* que se traga la discontinuidad o en una forma de discontinuidad que se traga la continuidad.

El mérito de poder ver y expresar las cosas así es de las ciencias antropológicas que se han ido construyendo a lo largo de los siglos XVIII y XIX, empezando por los viajes para conocer a los hombres en su diversidad de organización y hábitos y luego averiguando, formulando y ponderando su estructura individual y social a partir del trabajo y de la propiedad.

3.

Dos momentos paradigmáticos de Ilustración (de la civilización occidental)

En la historia del pensamiento occidental hay dos grandes momentos, dos grandes ocasiones que dejan ver con toda plasticidad el trabajo que ha de desarrollar precisamente la inteligencia racional para *salvar* el mundo del hombre pero trasladándolo a otro pentagrama talmente, que pueda seguir siendo no ya el mismo sino más él mismo por intensificación y ampliación de humanidad. Son tan brillantes y enormes esos dos trabajos de la inteligencia de la vida, dos trabajos consistentes en *ilustrar* una situación humana obturada para poder salir a “*riveder le stelle*” o simplemente para tirar adelante, que han quedado como prototipos de lo que es una Ilustración.

Son dos trabajos de un talento, y de un sufrimiento inmenso, pero útil e imprescindible. La conciencia no se da sin padecer y sus grados lo son de sufrimiento, decía Scheler. Se trata de momentos que se pueden colocar en el tiempo por lo que hace a su arranque, pero en verdad son actitudes que constituyen el espíritu y su memoria tanto como su subconsciente, su esperanza y expectativa, y que como tales se prolongan.

El primero de esos momentos consistió en *la aparición de la filosofía*, de la racionalidad en forma lógica y ontológica. El segundo fue el célebre,

y recientemente rescatado, *siglo XVIII* : rescatado porque la Iglesia y la Revolución coincidieron en condenarlo y despreciarlo o devaluarlo, respectivamente. Cuando el 1940 se funda el CSIC, consta en el reglamento de su fundación que su objetivo es “restaurar lo que destruyó el siglo XVIII: “nuestra gloriosa tradición científica”. La Ilustración habría destruido “la clásica y cristiana unidad de las ciencias”.¹⁰ Para la Revolución, “ilustrado” era ya un insulto.

La aparición de la racionalidad lógica y ontológica se le convirtió al hombre occidental, ya en los albores, en ley del pensamiento: es el momento en que la mentalidad religiosa griega, mitológica y mitologizante, en su sana función de imaginarse el Todo divino o Universo, se encuentra, dentro de ella misma, con un brote de *racionalidad formal*, de esa forma del pensar que llamamos filosofía y ciencia y que es, como cualquier otra forma o estilo del pensar (poética, histórica, vital...) ineludible, pues que es en el hombre mismo donde ha aparecido, tan ineludible como los pulmones y el hígado o el corazón. Se le ha hecho esa forma de pensamiento, le ha nacido, le ha salido de dentro. Es el momento de los filósofos presocráticos, los físicos, que toman una actitud mental nueva ante las cosas y su conjunto, preguntando fundamentalmente *qué son las cosas en sí mismas y con independencia de los dioses*. Cosas tremendas que pasan sin hacer ruido. El motivo del moverse a preguntar no es ningún apetito de independencia renegadora o autoliberadora de lo divino, no necesariamente, aunque también se dará esa forma de actitud, sino la curiosidad o interés inevitable de conocer lo que las cosas son en sí mismas incluso por gratuita creación divina, pero por donación sincera, irreversible, real, que habrá que tener en cuenta incluso por motivos de piedad y religión.

Es un preguntar hipotético en efecto (no niega el carácter divino de lo cósmico y de su mito; en este punto se limita a ponerlo entre paréntesis). Pero el hombre, con ese preguntar, ahonda en el respeto a sí mismo y en el conocimiento de sí mismo en el mundo, queriendo saber qué es en el fondo cada cosa por sí misma. Pregunta que a continuación y sin mucho tardar, se la hará sobre sí mismo y sobre su propio preguntar: es irrefrenable el impulso que lo lleva a preguntarse por la naturaleza de las cosas, de momento. ¡La revelación de la filosofía! Clemente de Alejandría les dijo a los teólogos eclesiastizantes exclusivos que la filosofía era también revelación del Logos.

No podían faltar –naturalmente, porque el miedo a la inteligencia es natural, además de los intereses de la inercia—quienes se encargaran de avisar que no se puede prever lo que puede pasar si esa forma de pensar

¹⁰ Cfr. *Ilustraciones...*, p.14. Y conviene señalar expresamente que ésta no era una situación española especial.

según las cuatro causas (eficiente, material y formal, final) se convertía en regla de ordenamiento del mundo y la vida, en iluminación a cuya luz se ordena y ve el mundo y la vida. Los poderes sacerdotales del mundo que se hunde ante la fuerza atractiva de la pregunta experimentable o demostrable por las cosas, se echaron a temblar. Ésa de los presocráticos era una revelación de otro tipo, del *logos inmediato e interior, íntimo*, de las cosas, que da mucho malestar a los dioses, los cuales tienen un modo de gobernar así como por auras.

Siempre que la inteligencia se pregunta radicalmente por las cosas y el mundo, los poderes se echan a temblar, se ven ya desposeídos, y los poderes religiosos más que ningún otro. El fenómeno se explica por la comodidad de la inercia, por las pretensiones de monopolio, por el deseo malentendido de cuidar del otro, etc.; en el fondo, sucede así también porque el hombre como creador es peligrosísimo y su capacidad de complicar y complicarse las cosas, además de imparable, es inagotable – según la mitología tanto griega como judía. Es muy importante en la actitud ilustrada no saltar enseguida o demasiado pronto al terreno de la ironía y de la visión del ridículo humano de la pose sublime. Porque nos enseñaba Espinosa, siguiendo a Aristóteles, que en esto de la vida y el ser no se trata de burlarse y reírse, ni de llorar, sino de entender – y entender puede ser también muy divertido.

Si recordamos el juego que la mitología y fábula tienen en los diálogos platónicos, advertiremos enseguida que el preguntar físico o “cuatricausal” no ha anulado la imaginativa intelectual; simplemente la presupone de otra manera, a otro nivel, y la pospone a otro horizonte. (El mito no es abolido nunca; tampoco en Leibniz y Lessing, y en autores del siglo XX como Russell, Hans Jonas..., porque el infinito sigue desentrañándole la experiencia del ser al hombre y éste se da cuenta del relato interminable de su mismo corazón). El libro VIº de la *Metafísica* de Aristóteles es un intento de categorizar el mundo tal como ha quedado inicialmente visto por Sócrates y Platón, después de los filósofos físicos, de concebirlo y ordenarlo según la naturaleza y los aspectos diversos de las cosas. Concepción y ordenamiento que se presenta con mucha fuerza: una vez la inteligencia ha probado ese estilo del pensar, del plantear y resolver, no puede olvidarlo ni prescindir de él por más que pataleen los dioses y se resista el ordenamiento vigente según principio de una forma menos experimental de racionalidad. El hombre había descubierto un “fondo de conocimientos y un método nuevos”, toda una revelación, que decía Leibniz, el verdadero gran ilustrado. Y aunque se hundiera el mundo antiguo, se iniciaba el curso de su aplicación. Con las consecuencias que fuere. Una forma intelectual y su correlativo modo de vida, se le impone al

hombre imparablemente: se le hace naturaleza pero no superficial sino intensa, como innata. Se queda inolvidablemente ahí.

Y en efecto, hacia el siglo II^o a C, quedó paralizado el impulso del pensamiento cuatricausal, pero quedó ahí una nostalgia que lo volvería a llamar con redoblada fuerza. Por qué se acabó, se agotó de momento la actitud científica, por qué se eclipsó en el mundo de la Antigüedad, es un problema más que histórico, porque a la naturaleza del hombre le pasan cosas verdaderamente raras y dificultosas: descubre posibilidades de entender el mundo y la vida y de dominar su circunstancia, y las desaprovecha perdiéndose en sus laberintos emocionales e interesados, banales muchas veces, y aun peor. Cosa que hoy, por un conjunto de circunstancias, le puede pasar menos de esa misma manera, pero podría perderse grandes oportunidades que tiene a mano, de otras maneras y aun peores. El hecho es que se iba a tardar más de mil años en volver decididamente a jugarse las cartas en la dirección de esa pregunta por la naturaleza de las cosas terrestres, por su ser propio e interior, es decir, por lo que son de verdad. La presencia de la revelación judío-cristiana, además de la forma de vida que imponía el Imperio y la circunstancia política exterior (militar) e interior, pudo prolongar la inercia de esa pérdida de la actitud difícil. Durante esos mil años predominó en exclusiva, se naturalizó el esquema eclesiástico de la inteligencia de la vida, un esquema propio de la Dogmática –con infierno fogoso y limbo, dos muestras sólo del arrastre que tal esquema y su planteamiento pueden suponer para una teología ilustrada, es decir, no al servicio, lícito por lo demás, de una Confesión. (En la prehistoria puede haberle sucedido al hombre muchas veces este tipo de parón y vuelta a empezar. Hoy sabemos por el arte rupestre que le pasó. Es el sentido de la constatación que hace Aristóteles en su Metafísica sobre la repetida invención de las Artes. Podría sucederle con alguna gran religión, el dejarla precipitada o inconscientemente de lado y el tener que volver a ella).

Mas, en el campo de los conocimientos *morales* y políticos, persistió irreductible la confrontación o encuentro de la religión (o mitología) y la filosofía, pero ahora dentro del cristianismo. La actitud interrogadora radical resistió más en algunas escuelas filosóficas (estoicos, cínicos, peripatéticos...) y se guadianizó en diversos modos. Resultó más difícil de olvidar lo espiritual que lo tecnológico, la actitud espiritual que la científica. Y éste es un dato favorable pues habla de la maduración del espíritu, que es grato registrar alguna vez. La persistencia del pensamiento filosófico resultó ser más comprometida, y determina hasta hoy con la mayor intensidad imaginable la relación entre Religión e Ilustración, porque esa revelación judío-cristiana que se cruzó con el helenismo ya desde el siglo II^o a C, supone nada menos que “el Verbo se hizo carne”, es

decir, nombra lo divino con un concepto con que el hombre entiende su propio y característico ser que es el pensar las cosas, el pensamiento, el Verbo, el Logos. O sea, lo que pasó en la Grecia del siglo VIº a C, la aparición del pensamiento de realidad inmediata, se hace ahora existencia divina. Y esa religión, que *se ha encontrado ya a la racionalidad en sus afortunadas formulaciones primeras o de revelación*, allá donde encuentre logos habrá de comportarse con reconocimiento y consideración; de lo contrario desgarrará impiamente el pensar y la vida en su dimensión más honda. La historia de la civilización europea se puede ver como una sucesión de momentos de conflicto agudo con la acumulación de conocimientos que se van produciendo dentro de un formato religioso confesional. A veces en terrenos muy sensibles.

Por poner sólo un ejemplo, bien que enormemente importante: en el ámbito de la religión judía se encuentran, ya en los siglos del Helenismo, con una lengua que quiere expresar en griego, en la lengua y mentalidad profanas, la revelación judía exclusiva de los hebreos. Y se les entran a los hebreos en su Biblia libros escritos ya originalmente en griego, con gran escándalo del elemento social y político. El hecho se repetirá cuando haya que recoger en escritos las primeras tradiciones del cristianismo: la lengua debería haber sido el hebreo, o el arameo (si había que atenerse a la letra y no a la intención humana del hecho), y se escogió exclusivamente la griega o pagana. En Occidente, para la vida cotidiana de la religión habría que haber seguido con la lengua sagrada o griega (sacralizada por ser lengua de revelación), pero se escogió el latín y se convenció de que con esa lengua se podría decir todo lo que se sentía y decía en griego.

Estos cambios de lengua y mentalidad ontológica son un precedente que debería haber servido para comprender que el segundo envite de las ciencias descubiertas en el presocratismo (matemática, geometría, física..., política), el de la Edad Moderna obligaría a un proceso de Ilustración, o sea a un preguntarse por lo que las cosas son en su *creciente interioridad física y psicológica, subconsciente y espiritual (o supraconsciente)*, es decir de suyo y por sus conexiones naturales prescindiendo metódicamente de lo que son por tradición y costumbre. Es como si la milenaria “dormitio” de la actitud científica hubiera sido más bien una maduración subterránea, inconsciente, pero incesante de la “acies mentis”. Se reclama un proceso de Ilustración de una inesperada fuerza y presión: es lo que le pasa al Occidente a partir del siglo XV. Y del mismo se espera una decisiva aportación de la naturaleza de las cosas a la naturaleza de las cosas. La historia moderna de Europa en las relaciones entre la religión y el saber científico, y entre el poder del Estado y el de la Iglesia cristiana debería habernos enseñado que es una situación normal y un avatar normal como lo

es el sistema respiratorio del cuerpo humano o el sistema motor o el digestivo.

La Iglesia tuvo una revelación, que califica de escatológica, y cree que lo esencial está ya sabido. Tal vez esta convicción está en el origen de que la Iglesia no invente nada, no haya lanzado pedagógicamente hacia la invención sino más bien a la conquista de lo inventado y probado, y de que, además, sospeche de los inventos o no esté preparada para enfrentar las grandes mutaciones del individuo, la familia y la sociedad, que son realidades abiertas. La Iglesia se siente incómoda en las innovaciones, la pillan asentada en el orden constituido. Y lo defiende con todas sus fuerzas. Estos esquemas persisten implícitos y crean mentalidades en las civilizaciones. Y se confunden con las posibilidades y las imposibilidades de la naturaleza humana, del hombre en general.

La verdad es que tanto el dogma de la creación ex nihilo como el escatológico deberían fundamentar una actitud de inventiva y de fe en la perfección, la cual no puede ser más que un camino. La idea judío-cristiana de creación no debería haber permitido que la ciencia y la invención hubieran plantado sus reales fuera del ámbito de esa fe; en el caso del judaísmo no ha sido así; el número extraordinario de científicos judíos que se sienten en lo suyo en la investigación creadora, cabría hacer esperar de las Iglesias hubiesen mantenido una actitud de colaboración con el Dios creador, y hubieran vencido el espíritu de sospecha ante la innovación. Y la escatología, el dogma de que hay un final transhistórico, más allá del final geológico del planeta y del final de las generaciones en la historia, debería haber generado una actitud de quien sabe estar al final viéndolas venir. En cambio, hay una desconfianza en el cambio, la cual sugiere en las cabezas ortodoxas la cuestión de “adónde va a parar esto”.

4.

Ilustraciones europeas

La que conocemos como Ilustración europea, el intento de mover a la sociedad entera por el camino del conocimiento general y de sus aplicaciones en todos los órdenes de la vida personal y social, se produjo en una sociedad más compartimentada que la griega, porque había ya diversos centros desde donde comenzar ese proceso y en su diversidad. Hay una Ilustración escocesa y otra inglesa, una Ilustración francesa, subsidiaria en su origen de las anteriores, una Ilustración alemana promovida por las otras dos, y las Ilustraciones rusa, polaca, italiana y española. (Nombro la española la última por educación, que así nos lo enseñaban de niños hace setenta años. Carlos Seco Serrano habla del “brillante siglo XVIII” y de “la brillante reacción regeneradora” que supuso).¹¹ Desde el punto de vista de las dificultades sociales y religiosas, esta diversidad de procesos de nueva ordenación social a partir de la naturaleza interior de las cosas, que facilitan las nuevas ciencias, es un espectáculo donde se puede entender mucho de las limitaciones con que se topan los procesos de racionalización según el principio de la inteligencia de la vida y de las formas o caminos que ha de tomar fuera de todo dogmatismo, ateniéndose al principio de ir entendiendo.

Una reflexión sobre los tipos de Ilustración experimentados en Europa y América es en este momento sumamente útil dada la aventura en que se están irremisiblemente metiendo grandes civilizaciones como China e India, con literaturas religiosas tradicionales milenarias, inmensas, de calidad filosófica sapiencial comparable a las más elevadas de la historia universal y, naturalmente, sin ánimo de rendirse ante las formas sociales asumidas por los europeos como resultado de sus propios avatares. ¿Para qué desear *clarificaciones o ilustraciones* de sus contenidos culturales a la luz de la teorías políticas y religiosas y de los valores, que no han sabido eludir las guerras de religión, así como las inconsultas aceleraciones de las modas en todo orden, que rompen inconsultamente con tradiciones sabias en terrenos cual la pedagogía, o la organización social de las ciudades? En suma, ¿para qué calcar la historia de la civilización europea tan lamentable en muchas cosas por edificada sobre un determinado concepto de hombre, sobre una antropología cuyas debilidades son palmarias y pueden historiarse en una línea que va desde el mazdeísmo de los dos principios, el del bien y el del mal hasta Hobbes y Locke y su antropología del “homo homini lupus”, pasando por san Pablo y Manes, por san Agustín y Lutero, por la antropología del pecado original y la corrupción radical o modal del individuo el cual es el elemento para la construcción social y política? ¿Para qué seguir esas huellas? Hace ya más de un siglo hay orientales conscientes de que, del Occidente, hay que aceptar, como mucho, la ciencia y la idea de democracia, pero nada más.

¹¹ Ustedes perdonen que me cite. Publiqué hace diez años en nuestra Universidad Politécnica un trabajo sobre este abanico de caminos de Ilustración en que se polifurcaba el movimiento euro-americano de la Ilustración del XVIII. *Ilustración e Ilustraciones*, Universidad Politécnica 1997. Para la cita de Darlos Seco Serrano, cfr. *Ilustraciones...*, p.44 izq.

(1) Los movimientos ilustrados occidentales (euro-americanos) parten de *grupos de individuos* que, religiosamente, se han desconfesionalizado de modo personal, que tampoco familiar y social, y sin hacer ruido y se han vuelto hacia la naturaleza y la cultura como fuentes de nueva configuración del vivir. Y una línea de estos hombres concibe religiosamente la naturaleza como lugar de la manifestación de lo divino. Esos grupos de hombres han aparecido por todas partes en la Europa occidental; son los herederos de los humanistas que en su día se replegaron a una “marginación esencial” (Giner de los Ríos) porque se negaron a militar en la Reforma y la Contrarreforma en el siglo XVI, modos religiosos militantes de vida que acabarían despedazando a Europa irreconciliablemente y llenando de sospechas mutuas el rumbo común de la Humanidad y el camino de la ciencia. La nueva Física, la mecánica y la dinámica, la astronomía, la aplicación de métodos naturales al tratamiento de las cosas moverá a los pueblos hacia la *perfección* clásica y armónica creciente, la cual se llamará en el XIX *progreso* con música heroica de fondo. Esa prosecución de la búsqueda del interior natural de las cosas por vía empírica con fundamentación metafísica en el caso leibniziano, es como una sinfonía a la que se convoca al género humano por un camino que no era ya el de la unidad confesional que se mostrara imposible. Y en el que, ahora, el género humano cobra fe no sin fundamentación religiosa no confesional.

(2) La dirección fundamental de la mirada hacia la naturaleza hace que se busque a *los pueblos* (como se decía en el XVIII) y que se les busque por dentro, como a la naturaleza: en este caso, por su inteligencia y capacidad de aprender cómo son las cosas y por su memoria: que entiendan y que se entiendan, que entiendan la vida familiar, municipal y laboral. Porque se trata ahora de emprender un camino de *Educación del género humano*. Educación para que sepa estar donde está y hacer competentemente lo que hace. En la intención escocesa y en la leibniziana y lessinguiana el actor del proceso de ilustración es el pueblo, pues se trata de un proceso de aprendizaje intelectual y social, moral y profesional. Habría que decir orteguianamente “la gente”, pues la palabra pueblo cuando caiga en manos hegelianas se pervertirá nacionalistamente, y en manos marxistas de otra manera. El pueblo de Leibniz es “para sí”; el de Hegel y Marx, el del progreso serán para el ideal de la Patria o de la Humanidad.

(3) La idea de un desarrollo pedagógico o educacional del pueblo es alejandrina del siglo IIIº; tiene un trasfondo judío porque el falso sobre el que se monta es el Éxodo de Israel a través del desierto hacia una tierra de libertad y bienestar. Pero su mecánica interior es la ontología aristotélica del acto/potencia: se va actuando lo sentido y percibido como posibilidad propia. Lessing la recoge de ahí ampliándola con la intención (irrealizable dados los fanatismos confesionales europeos del XVI y XVII, nunca corregidos y permanentes en el fondo de modo dermoesquelético) de ir ordenando la aparición de nuevos materiales y replanteamientos sin que las aparentes discontinuidades escandalicen.

Como el obstáculo mayor para una interpretación de la historia y la política como desarrollo en evolución que se va trascendiendo, es el biblicismo (la pretendida pauta religiosa revelada, inspirada, in-errante o infalible de la Sagrada Escritura), la teoría la monta Lessing sobre la exégesis del Antiguo Testamento donde es patente la evolución incluso en materias esenciales como la inmortalidad del individuo o del alma como se decía, o la misma concepción del Dios Uno, pero con la intención de extender la teoría a la Escritura del Nuevo y dejar la pauta dogmática en manos de la Tradición oral y de su experiencia en la Iglesia constituida orgánicamente como indiscutiblemente está. Esta aplicación no se le puede aceptar por las Iglesias establecidas en ningún cantón de Occidente, y menos en las Confesiones protestantes. Sólo se han independizado de la tiranía de la letra, como dice Lessing, las llamadas sectas y congregaciones, las cuales, con *regula fidei*, o con el continuo de su experiencia comunitaria, se van asegurando el rumbo cristiano de otra manera. ¿Por qué no ha de ser posible una religión que, como revelación sucesiva, “se va plegando...según las fronteras de su nostalgia y deseos”? “¿Por qué habría de ampliarse necesariamente de antemano la esfera de esa nostalgia y de esos deseos” de las almas crecientes de los pueblos? “No se da un adelanto con la fuente entera” (Lessing).¹²

La idea de una religión de revelación progresiva resultaba peligrosa y se advirtió enseguida, porque al final de un trayecto de un proceso pedagógico el educando no es el mismo, pero el educador tampoco. Los cristianismos eclesiásticos interpretaban la revelación bíblica como definitiva de un modo que no podría soportar, hasta hoy, un pensamiento necesitado de “nuevas aperturas”. Ante esta inflexibilidad en la manera de entender el carácter definitivo de la revelación cristiana (es decir, ante esta manera literal e historicista, no espiritual, de entender la Cristología), la Ilustración francesa prescindía dramáticamente del cristianismo con consecuencias que valdría la pena de considerar y que llegan hasta hoy en día.

Es Lessing quien ha hecho lo posible por desescombrar las dificultades eclesiásticas y bíblicas para concebir la historia misma del Antiguo Testamento como paradigma de un proceso providencial de educación de un pueblo; del

¹² Lessing. *Estudios...*p.466. 467.

judío, en este caso, “elegido” precisamente por ser un pueblo particularmente rudo, y buen ejemplar para advertir cómo ha de ser el tratamiento de los pueblos caídos a bajos niveles, los cuales requieren sin duda una inconcebible paciencia pedagógica. Por ello el comienzo y el camino de cada pueblo será distinto; Lessing hablará de los caminos de Dios en cada pueblo refiriéndose incluso a la religión brahmanica, al islamismo, al judaísmo y al cristianismo. La lentitud del proceso educativo de los pueblos se deberá fundamentalmente a que se trata no sólo de darles una catequesis sino de aprender, de persuadirse y no de entrar en el redil bordeada la manada por perros eficaces. Aunque no son pocas las lentitudes impuestas por las Administraciones torpes, pues hay lentitudes y aplazamientos (dirán contra Locke, su pupilo Shaftesbury y Lessing) que proceden —dice Lessing— de las “esclavitudes cómodas” como la encebollada de Israel en Egipto: se quejaban los hombres liberados de que tenían que ganarse el pan en el desierto mientras en la esclavitud de Egipto tenían la cebolla de cada día asegurada; o de la antropología de Hobbes que impedirá poner en manos del pueblo la parte de fuerza económica y política que le toca, si se quiere tenerla segura. Este dilema y bifurcación de la Ilustración del XVII-XVIII será dramática hasta hoy. La civilización puritana no cree en el pueblo ni en la inocencia de la naturaleza humana; cree en el pecado original que la retorció como nace. La victoria de Calvino y Lutero era la de san Agustín, y en este punto central de la antropología no hubo prácticamente (prácticamente) diferencias confesionales.

(4) La disposición leibniziano-lessinguiana, que es la de Espinosa, a bajar al nivel ínfimo para empezar un proceso educativo que, al ser de aprendizaje y experiencia, es autoeducativo, negaba la impotencia de la naturaleza y denunciaba la trampa que se escondía en la teoría de que hay hombres de primera (los elegidos) y hay, aparte, el pueblo: aquí encontraba la denominación de pueblo su sentido de desecho, de material utilizable y desechable. Noción sin la que no se hubiera producido el abandono abominable de las gentes, que se vivió en la primera industrialización en los suburbios de las ciudades británicas cuando la primera industrialización y que recogió en sus novelas Isabel Gaskell.¹³

El pueblo está llamado a los más altos grados de perfección humana posible; lo único que hace falta es no enviar su inteligencia a cumplir encargos viles o bajos, que se la estropean incluso. Cuando Gleim (1719-1803) publicó sus *Canciones para el pueblo*, le escribió Lessing una carta comulgando con su punto de vista en la que le decía: “Sus predecesores, querido amigo, entendieron por pueblo, pura y simplemente, la parte del género humano menos dotada para pensar y, en consecuencia, poetizaron para el pueblo aristocrático y para el pueblo llano. Mas Vd. ha entendido propiamente al pueblo y ha tomado en consideración a la parte del pueblo que es activa con su

¹³ Cfr. *Ilustraciones...*, p.27.

cuerpo, a la cual lo que le falta no es tanto inteligencia como ocasión de demostrarla”¹⁴. Por un camino no intelectual pero tampoco confesional a pesar de su cristianismo, en Escocia y la Alta Sajonia hubo grupos que habría que comparar con algunas ONG de hoy, que empezaron a abrir algo más tarde por todas partes lo que llamaríamos nosotros Escuelas Profesionales, influyendo incluso en la Ilustración rusa. Los pietistas de Spenner pertenecen a esos grupos. De ahí arrancaría el krausismo y nuestra Institución Libre de Enseñanza. Es difícil de comprender la acusación de elitista de que fue objeto la Ilustración durante buena parte del siglo XX.

La pauta de esta educación era comprender, dar a entender, no imponer. Un hombre adelantado de la traicionada ilustración inglesa, Shaftesbury (1671-1712), escribió que, con la *imposición*, “cegaron y entorpecieron...el verdadero camino de la Humanidad” incluso hacia los misterios de la religión, con el resultado de que “las cosas que por su naturaleza eran objeto de profunda especulación se convirtieron en objeto de asentimiento estricto y absoluto”.¹⁵ Destrozando así, confundiendo así lo que diríamos hoy el funcionamiento del hombre en su parte central que es la inteligencia. Bien lo vio W.M.Taylor, que alabando al partido presbiteriano moderado (del que saliera Adam Smith por ejemplo) dijo que “impidió el divorcio entre fe y cultura y aseguró el cristianismo sin destruir al hombre”.¹⁶

Por eso no cabía en una Ilustración honesta dejar marginado a ningún sector del género humano, incluso a ningún individuo, ni en la tierra ni en el cielo. En su *Poema dramático Natán el sabio* (que es la fábula con que culmina Lessing la teoría de la Ilustración) aparece el Sultán Saladino esperando la llegada de tres mensajeros enviados para asegurarse la noticia de que se han concedido créditos para salir de los atolladeros apremiantes en que se estaba a causa de la guerra. Han llegado ya dos de ellos y el mensaje está recibido y confirmado. Pero no ha llegado el tercero, por lo que sea, porque un trompicón lo echó al suelo, porque le reventó el caballo...Y Saladino no sigue el curso lógico de la guerra sino el humanitario del educador. Cuando le dicen que total falta el último, exclama: “¡El último!” La razón de ser de todo. *La educación del género humano*, no es la educación de una parcialidad por muy selecta o divinamente elegida (o racionalmente o civilizacionalmente elegida) que sea o crea ser. Ese último es el sentido del Universo; estamos en metafísica. Si no tiene sentido absoluto la presencia y consideración de ese último, hay licencia para prescindir del penúltimo y el antepenúltimo.

Entre los papeles leibnizianos que sacó oportunamente de los legajos de Wolfenbütel y dio a conocer el bibliotecario Lessing, hay un escrito que publicó con el título *Leibniz. Sobre las penas eternas* (muy oportuno en un momento en que se remueve lo del fuego eterno del infierno de la letra del

¹⁴ Lessing. *Estudios...*p. 691. Cfr. *Ilustración e Ilustraciones*, p. 42.s.

¹⁵ *Crisis de la civilización puritana*, p.168.

¹⁶ Franco Restaino, *Scetticismo e senso comune. La filosofia scozese da Hume a Reid*, laterza 1947 (cfr. *Ilustraciones...*, p.17 izq.).

Nuevo Testamento y lo del limbo de las consecuencias del conflicto entre la idea de un Dios bueno y el buen sentido del corazón humano, después de haberles levantado la excomunión a Galileo, Lutero...[no sé si le ha llegado la suerte o el turno a Giordano Bruno]). En ese escrito, Lessing explica el sentido del Universo como totalidad así como el sentido de lo penal en cualquier grado, de un modo impresionante. Ironiza acerca de quienes se sienten capaces de pasárselo estupendamente toda la eternidad mientras algún individuo humano, o un hermano, o su padre, no sólo se lo pasa infernalmente sino, en buena lógica, cada vez más infernalmente, porque si no le mejora la inteligencia no podrá menos de blasfemar cada día más, vista su mala suerte en este Universo creado por un ser que dicen infinitamente sabio y bueno.¹⁷ Y se sigue jugando todavía con total seriedad con los textos del N.T, donde por lo visto de modo infalible se notifica que este Universo acabará con un individuo, llamado Judas, irrecuperable: un último esencial. Esa irracionalidad escatológica, que prepara los ánimos presentes y los ejercita ya aquí, predisponiéndolos para una dureza inhumana incalificable, es enfrentada por la Ilustración leibniziana que en los trasfondos de la religiosidad de su civilización ve la radiografía de su estructura mental y de los prejuicios estructurales correspondientes: explicándose entonces muchas cosas que se ven cada día en el trato entre los hombres. Es una de las ocasiones en que más arriesgaron Leibniz y Lessing intentando explicar la intención pedagógica de la revelación, consiguiendo bien poco por lo demás, pero siempre sin perder la paciencia y aplicando en este caso también la teoría del último, que es la verdadera escatología.

(5) No estamos en anecdotario. Porque como las revelaciones de las religiones se producen en un tiempo y un lugar determinados y han de expresar su intención que es lo esencial y que se refiere a la humanidad esencial, a la educación del género humano, van necesariamente envueltas en lo relativo a “lugares y tiempos”¹⁸, o, como dice mi amigo el poeta Ferrer Perales, “en fum i fullaca”. Y esa observación y la consiguiente cautela metodológica tienen hoy vigencia, y más aún que en el siglo XVIII. Primero porque la esencia del cristianismo (que no incluye ninguna reducción sino una inteligencia sana de las cosas, incluidos los misterios acerca de lo que he publicado recientemente un libro)¹⁹, la esencia pero en formas alumbradas por las condiciones de la provinciana y parroquial historia occidental, sigue estando en el trasfondo de nuestra civilización y condicionando nuestra manera de pensar más de lo que imagina la filosofía que no sabe teología. Y luego porque la civilización occidental está entrando masivamente en contacto con las civilizaciones orientales de trasfondo vario pero budista y puede contagiarlas de

¹⁷ Cfr. *Lessing. Escritos...*, pp.318-348.

¹⁸ Ib. 449 nota 7. No sólo por razón de las características nativas sino por los atascos de que hay que sacar a los pueblos, dados sus extravíos y malformaciones.

¹⁹ *La inteligencia en la torre. Razón y misterio en la Ilustración leibniziana*, (Universidad Politécnica, Valencia 2001).

planteamientos y de técnicas exegéticas de los libros sagrados, practicadas por los admirables occidentales, produciendo verdaderas catástrofes si no guerras de religión por aquellos ya no tan lejanos parajes. El problema hermenéutico de los libros sagrados ha provocado años y años de guerras de religión no menos que el problema hermenéutico de las Constituciones políticas.

Y esto no puedo decirlo aquí más que sucintamente, pero debo decirlo. El problema exegético del NT es la mayor fuente de dificultades para un entendimiento ilustrado de Iglesia y Estado en los países de tradición más o menos implícita católica o anticatólica (que viene a ser lo mismo desde el punto de vista de los “tics” o esquemas mentales). Pues el problema, desde el punto de vista de la teología, llega al fondo, porque llega hasta una cuestión capital de Cristología sobre la inteligencia humana del Verbo divino hecho verdaderamente hombre: Es decir, a ver si tenía que sabérselo absolutamente todo (cosa que es imposible en una inteligencia verdaderamente humana) o tenía que tener las limitaciones propias de un hombre serio y capaz de su tiempo, y a ver si en el N.T. nos encontramos además con dichas limitaciones arropadas o envueltas con las limitaciones de los que recogían sus palabras y las de los que recogían las palabras de quienes primero las oyeron. Dije una vez en público que el catolicismo, como consecuencia del Concilio Vaticano IIº y el complejo europeo sureño de inferioridad, se ha embarcado en un fenómeno de regresión como consecuencia de haberse protestantizado con el biblicismo en metodología cambiando el orden de las Fuentes y anteponiendo prácticamente la bíblica a la experiencial de la Fe. Aprovecho la ocasión de repetirlo para vender un poco de libertad y ayudar a salvar la fe sin destruir la inteligencia. Para centrar la cosa.

Y es que la Ilustración leibniziana y lessinguiana eran catolizantes en este punto, y se atenían en esto como en situaciones paralelas a la tradición oral y a la experiencia del género humano. No creían en la conquista filológica del sentido común sino en la transformación, incluso en la transcreación (que incluye el cambio de planteamiento como intensificación de fidelidad a la tradición) de la intención originaria de la revelación pasando de experiencia en experiencia, es decir, de experiencia de intención cristiana en experiencia de intención cristiana.

(6) El principio del progreso mediante la comprensión imponía la concepción *gradual* de los cambios y el principio de las *composibilidades*. La gradualidad, los grados en la enseñanza quedó como una marca de la Ilustración en el sistema escolar europeo. Se trata de gradualidad social y por cierto tanto de gradualidad intelectual como moral. La Ilustración del XVII y XVIII riñó su batalla en este sentido. La Ilustración escocesa pugnó por mantenerse atendida a los criterios de humanidad, de progreso en humanidad. Luigi Turco ha mostrado la lucha entre Lord Kames, que quiere orientar la Ilustración escocesa hacia la nueva ciencia inglesa de Newton y Locke y

Dugald Stewart que quiere mantener el interés predominante escocés y su dirección hacia las ciencias morales y sociales”. A esos temas morales y sociales, “Hume seemed indifferent”.²⁰ Newton estaba lleno de supersticiones, como Sánchez Ron acaba de mostrar con la edición del libro de Newton sobre el templo de Salomón. Y Locke practicaba el aplazamiento de la ejecución de la justicia del tomar en cuenta el interés inmediato de las necesidades elementales.

Frente a esta táctica de la que llama Reinhard Brandt “una cultura del temblor y del aplazamiento” de las consecuencias políticas de una Ilustración para el pueblo,²¹ la metafísica leibniziana de la Ilustración de Lessing (y de Shaftesbury) urge el concepto de *composibilidad*. La naturaleza humana, en virtud de su inteligencia imaginativa soporta con dificultad el aplazamiento de los posibles ya realizables y por ello apremiantes. Las cosas que son ya posibles se llaman las unas a las otras y como quien dice son exigidas por el sistema que natural y objetivamente constituyen: llaman y atraen al composable. Y ese sistema educa las sensibilidades y las inteligencias a que se obedezcan a sí mismas. Y esa obediencia a sí misma es una forma de conciencia de la educación desde dentro, y resulta imparable. Es inútil intentar la realización de lo que, hoy y aquí, es aún irrealizable; para eso existen símbolos que mantienen esperanzas. Pero lo objetivamente realizable, por más que su entrada en la circunstancia altere sus alrededores al hacerse su realidad efectiva, está llamando a las puertas de la existencia con toda la violencia de lo que quiere ser. La Ilustración frustrada desembocará a medio plazo en las revoluciones del XIX.

(7) La concepción evolutiva pedagógicamente no es compatible con la *concepción del poder* como un factor de una pieza. Entre el poder político y el poder de persuasión, la Ilustración escocesa y shaftesburyana, la de Leibniz-Lessing escogen el poder de persuasión. (Esto explica la retracción de no pocos ilustrados una vez se entró, o entra, en fase de revolución: no les interesa el método y el método es el todo cuando no se cree en el sistema. Sin perder de vista que la revolución no toma siempre la misma forma ni la retracción tampoco; la libertad se puede perder de muchas maneras y se puede intentar anularla de muchas maneras).

Pero las Iglesias europeas no saben vivir fuera del área del poder. Y contra lo que suele pensarse en España, ello no es una característica de nuestra historia moderna y contemporánea. Las Iglesias protestantes escandinavas son religión de Estado, con todas las ventajas de todo orden que ello conlleva. La Iglesia anglicana es la religión del Estado. Los británicos que se opusieron a este hecho con todas sus consecuencias, no se fueron al ateísmo, sino a una forma de cristianismo que transmitiera más verídica y auténticamente la

²⁰ Cfr. *Ilustración e Ilustraciones*, p.16.

²¹ Cfr. *Ilustración e Ilustraciones*, p.24

esencia de la actitud cristiana, según ellos. Los países de la Europa oriental ven en la forma oriental de cristianismo su religión nacional. Las ventajas de todo orden (menos de uno, como veremos) que reporta el quedarse a la sombra del poder constitucionalmente como Iglesias de Estado, no son fáciles de denunciar, porque la picaresca diplomática ha creado una red de usos corteses que dan a la Iglesia, en Francia por ejemplo, una situación muy privilegiada, dado que, por laico que sea un Gobierno francés, ve en la cultura y apostolado católicos de Francia avanzadillas de la cultura francesa, además del morbo que les da a los franceses que se dicen ateos entenderse con un “Curé” o con una “Mère de la Charité”, como le pasaba a Léon Blume. Y en esto la que dicen Santa Sede juega con arte. Cosas de este tipo fino no son posibles en esta Casa española que da en modales rudos.

Las Iglesias cristianas europeas no han aprendido a vivir en el clima de la libertad civil y no dan la impresión de estar persuadidas de que la doctrina del mundo y de la vida que predicán lleva en sí toda la posibilidad de convicción que puede llevar el Verbo. La mecánica psicológica de las almas está acostumbrada a los apoyos del poder de modo múltiple, y tiene que soportar la mirada no admiradora de la inteligencia pura y de los corazones puros. No quisiera afirmarlo como un manifiesto, pero estoy persuadido de que la teología occidental (la occidental) está deformada en sus planteamientos por las mil sombras del poder de que disfrutó y de su mentalidad. Necesita una Ilustración tan radical como tal vez sencilla y franciscana.

(8) Igualmente, las Iglesias europeas no supieron educar a sus juventudes en el mundo común, en el de todos; es como si no creyeran en la ventaja de su fe a campo abierto. En lugar de una educación de la juventud según la metáfora de la masa y el fermento, se prefirió proyectar ya en el mundo actual la metáfora escatológica del juicio final que separa a los corderos de los cabritos.

Los colegios y universidades confesionales han configurado separatistamente la presencia de la fe en el mundo, poniéndose de ese modo ésta a sí misma una objeción muy sensible de desconfianza en la fe misma. Luego surgió un talante que no deja de hacerse valer aun hoy: el de la conquista del Estado.

(9) Para la Ilustración fuerte e intensa, la frustrada, de Leibniz y Shaftesbury, la de Lessing, hay un *criterio de crecimiento moral*, y un *criterio en la exégesis* de la revelación y sus fuentes: la verdadera humanidad de Dios. La verdadera divinidad de Cristo es el fundamento de la intensidad con que se entra en juego en todo lo que hace a la dignidad de todo hombre. Para esta Ilustración, que habría que llamar aristotélicamente “la que se busca”, las religiones de revelación, igual que los nacionalismos con que se mezclan, son “parroquiales” –para decirlo con el lenguaje de Toynbee--, y la educación de tal Ilustración es una educación que impide la glorificación política del folklore

tanto como cultiva su historia, sus formas y sus significados en dirección a la humanidad común.

Las religiones de revelación que conocemos no se han caracterizado ni mucho menos por ser desbordamientos de humanidad, y sus literaturas, además de sus comportamientos, abundan en episodios poco ejemplares cuando no en atrocidades. Vale la pena recordar ahora la lentitud y premiosidad de la evolución moral del género humano, pero hay que acordarse también de que a la esencia de humanidad han llegado en diversas formas pueblos de otras revelaciones o marginados de revelaciones históricas visibles. Una religión atenta a la racionalidad inmanente que lleva, no debería olvidar nunca que trata con gentes que también han oído el nombre de Dios y han advertido en el amor al prójimo la esencia de la racionalidad social.

La Ilustración enfrentó diversamente el diálogo con la religión. Leibniz y Lessing, no sin ayuda de Espinosa, advirtieron que hay una escala que partiendo de los anecdóticos parroquiales de la revelación de un determinado grupo, pasa luego por la meditación y formulación teológica y puede ir a parar a una especulación metafísico-mística que responde a experiencias de trascendencia muy comunes a los hombres, muy comunicables y muy aunadoras. En ese nivel se tiene la sensación creciente de que todo es lo mismo, es decir, de que la razón de ser del Universo es una, de que Dios es uno y la salvación es una. Gerhard Wehr acaba de publicar una introducción a la Mística europea desde Orígenes a la mística moderna más o menos disimulada.²² En ese libro caben muy bien las filosofías místicas orientales que están exponiendo Chantal Maillard, el valenciano Juan Arnau y el catalán Oscar Pujol.

Las grandes civilizaciones orientales —el hinduismo y el budismo en sus diversas formas, desde el Japón a Indonesia, pasando por Corea y China, el Tíbet y la India, Indochina, Malasia e Indonesia, ese gran arco geopolítico— están entrando masivamente en contacto con Occidente. Imparable, intrincado, a todos los niveles. Hace un mes decía un ex ministro de Singapur, en un Congreso Oriente-Occidente que se celebraba en Barcelona, que el peligro mayor de Oriente venía de la religión, sobre todo del reflejo de las religiones abrahámicas en Oriente, que son camineras, conquistadoras y se tienen por infalibles históricamente en su empeño, porque dominan el final judicial de la Historia. Los errores que hemos acumulado los occidentales en Asia son innumerables y de proporciones insuperables incluso en los últimos tiempos; recuerden de una gran autoridad moral y cultural de Occidente que, no hace más de veinte años, en un viaje por Asia decía y repetía hasta la saciedad que el budismo es un ateísmo. Tan grande y ofensivo disparate sólo podía salir de un voluntarioso cuan ignorante juicio sobre la idea de lo divino.

²² Gerhard Wehr, *Europäische Mystik*, Panorama Verlag. Rudolf Steiner, Martin Buber, Von Baltasar, Hermann Hesse...).

El futuro depende de que una filosofía más bien descriptiva que dogmática (dogmática sea en forma literaria y emocional, como lo fue el existencialismo, sea en forma política como lo fue el marxismo) ayude a las religiones a deshacerse de dogmas sobre el hombre y la historia que llevan a enfrentamientos de civilización, y que lo haga bien, es decir, ayudando a trasladar de pentagrama la intención que late en el Universo, transcreando las dogmáticas o ideologías religiosas en un sentido convergente de humanidad, de ayuda mutua. Es tarea de Ilustración.

Si hubiera que ponerle veleta personal para señalar la dirección de la ventolera o ventisca de la historia en que entramos, yo señalaría a Gotthold Ephraim Lessing: volver a Lessing, tanto para conjurar los peligros inagotables de cerrazón en la filología y hermenéutica de los libros sagrados como para establecer el criterio universal de entendimiento de los mismos. Religión e Ilustración en permanente conversación comprensiva y no declamatoria ni apologética ni servil ni parcial pueden ser el mejor método de la paz.

Muchas gracias.

Campanar, 30 de octubre 2006